

REPUBLICA DE CHILE
PRESIDENCIA

Proyecto

✓

MEMORANDUM AEMI Nº 008

PERIODO PRESIDENCIAL 005137 ARCHIVO
--

Para : *Su Excelencia, el Presidente de la República
Don Patricio Aylwin Azócar*

De : *Roberto Cifuentes A.
Asesor Especial en Materias Internacionales.*

Ref. : *Acompaña Proyecto Discurso*

Fecha : *15 de Enero de 1992*

De acuerdo a lo conversado, tengo el agrado de enviarle adjunto un proyecto de discurso que integra los dos que le entregué el Lunes, para su intervención en la reunión del Viernes en el Consejo Chileno para las Relaciones Internacionales.

Muy atentamente.

[Handwritten signature]
ROBERTO CIFUENTES A.

Gabinete Presidencial

**PROYECTO DE DISCURSO DE
S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DON PATRICIO AYLWIN AZÓCAR,
EN EL SEMINARIO “SITUACIÓN DE LATINOAMÉRICA
EN EL NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL”,
ORGANIZADO POR EL
CONSEJO CHILENO DE RELACIONES INTERNACIONALES
Y EL COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS DE ESTADOS UNIDOS**

**(Elaborado sobre la base de propuestas de la
Embajada de Chile en Estados Unidos
y del Ministerio de Hacienda)**

Enero de 1992

El título del Seminario que nos convoca en esta oportunidad plantea de entrada que las cosas han cambiado. En efecto, se trata de preguntarnos y de reflexionar sobre la situación de América Latina en un sistema internacional nuevo.

¿Qué es lo que ha cambiado en el mundo? ¿Cómo nos afecta? ¿Qué desafíos se nos plantean? Y también: ¿Quién es el que responde a estos desafíos? ¿Puede América Latina ser considerada como una unidad, como un bloque, como un conjunto que admite un tratamiento similar? ¿Ha cambiado América Latina?

Son todas interrogantes que se desprenden naturalmente de esta convocatoria. Y es preciso al menos esbozar una respuesta a ellas antes de intentar una mirada hacia el futuro, antes de despejar nuestras esperanzas y nuestros deseos, antes de intentar delimitar cuál es el lugar al que aspiramos en el concierto internacional.

En los años finales de la década de los 80 e iniciales de la de los 90, hemos asistido a las más decisivas transformaciones en la escena mundial desde la Segunda Guerra.

Primero fue el derrumbe de los gobiernos socialistas de Europa Oriental y la unificación de Alemania; luego, el fin de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (y su transformación en la Comunidad de Estados Independientes.)

Esta cadena de sucesos ha alterado los equilibrios establecidos durante tanto tiempo, lo que ha despertado una natural incertidumbre. Así se justifica plenamente que aquella zona se mantenga en el primer plano de la atención mundial.

El curso que tomen los acontecimientos es uno de los elementos que habrá que tomar en cuenta en toda reflexión acerca del futuro. Por el momento, sólo cabe registrar la tendencia a que obedecen los cambios registrados, que es hacia la democracia en lo político y el libre mercado en lo económico.

Con ello, las naciones del antiguo Pacto de Varsovia entran en consonancia con la tendencia dominante a nivel planetario, lo que anuncia una mayor fluidez en el intercambio cultural, político y económico mundial. Sin embargo, su incorporación activa a los circuitos establecidos plantea, tanto a ellos como a los restantes países, desafíos cuya envergadura se mostrará en el corto plazo.

Hay que señalar también como un elemento a tener en cuenta en los próximos años la definición de Japón como una gran potencia mundial, cuya influencia en el Oriente y en todo el sistema internacional tendrá un fuerte impacto en las transformaciones y cambios de ese mismo sistema.

No es preciso señalar aquí la fuerte gravitación internacional que tienen las políticas internas y externas de Estados Unidos. El papel protagónico de esa nación en la escena mundial adquiere aún mayor relevancia para los países latinoamericanos, por la simple vecindad, el intenso intercambio económico y el entrelazamiento de la historia regional, no siempre ajustado a las normas de convivencia internacional, muchas veces conflictivo, pero indesmentible y también, naturalmente, abundante en mutuas y benéficas influencias.

A primera vista, es lícito pensar que una nueva época se abre para la humanidad. El fin de un cierto aspecto del maniqueísmo, que se expresaba en dos visiones antagónicas tanto en lo que se refiere a la organización social como a la misma naturaleza humana, que dividió a las naciones en bloques que competían por la hegemonía política e ideológica en todo el mundo, es un hecho auspicioso que define de una nueva manera las relaciones multilaterales.

Pero ello no significa que la historia, las ideologías y la política hayan llegado a su fin y que en el futuro sólo resta administrar un punto de vista compartido por todos; tampoco cabe pensar que ha terminado la posibilidad de hacer miserable la vida humana en cualquier punto del planeta.

Nacionalismos cerrados, fundamentalismos, prejuicios raciales, discriminaciones y, sobre todo, la miseria en que se debaten vastos sectores de la humanidad son algunos de los problemas sin resolver que amenazan la paz y la estabilidad. Los conflictos vividos en el Medio Oriente, en Yugoslavia y en Armenia son una clara muestra de que la paz mundial es, todavía, sólo un deseo de los hombres.

Y al igual que en el pasado reciente, la violencia y el atropello a los derechos humanos siguen siendo perpetrados, justificados y hasta promovidos por motivaciones ideológicas, supersticiones oscurantistas o mitos nacionalistas.

La proliferación de la capacidad de utilizar y disponer de armas químicas y de avanzados sistemas de armamentos convencionales, unidos a la plena difusión de los argumentos que justifican la violencia y predicán el fanatismo, conforman una muy peligrosa combinación de elementos explosivos.

Es cierto que la posibilidad de un final apocalíptico de la especie humana se ha alejado por la distensión entre el este y el oeste, pero aún subsiste la posibilidad del uso de armamentos nucleares en conflictos regionales. En la actualidad, por lo menos diez países en desarrollo tienen o están por tener capacidad nuclear, más de veinte se encuentran en la misma situación respecto de las armas químicas o biológicas y más de veinticinco tienen o se encuentran desarrollando sistemas balísticos con potencial ofensivo contra países limítrofes. Todo ello confirma que los conflictos no han desaparecido del horizonte de posibilidades. El fin de la guerra fría no asegura la paz; por el contrario, el tema de la seguridad sigue ampliamente vigente.

Contra este pronóstico pesimista, es preciso recordar, como signos positivos, el fin de la guerra fría, hecho importantísimo al que ya hemos hecho abundante referencia, y la auspiciosa situación de América Latina.

En efecto, nos preguntábamos, al comienzo, si América Latina había cambiado, y si podía ser considerada como un bloque para los efectos de considerar el futuro inmediato. Creo que podemos responder positivamente a ambas preguntas. Chile y Nicaragua han sido los países latinoamericanos que más tardíamente han recuperado la democracia, con lo que se ha completado una década marcada por la transición de regímenes autoritarios de distinto signo a un régimen de participación, libertad y respeto a los derechos humanos.

Con la sola excepción de Cuba, cuya peculiar historia y características son de sobra conocidas, la democracia es el régimen prevaleciente en todo el ámbito iberoamericano. No ha sido un proceso fácil. Ha costado muchos sacrificios, mucha generosidad y mucha comprensión llegar a este estado de cosas; por lo mismo, los países latinoamericanos valoramos nuestros logros y los hemos incorporado como valores programáticos para el futuro.

El año de la conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro entre dos Mundos sorprende a Iberoamérica en un momento clave para su destino. Cuando se ha consolidado la democracia en la inmensa mayoría de los países del continente, la pobreza y el subdesarrollo constituyen nuestros grandes desafíos. Para afrontarlos es preciso que nos incorporemos competitivamente a los mercados mundiales, abriendo nuestras economías al libre flujo de inversiones y productos, y que, al mismo tiempo, promovamos esfuerzos de justicia y solidaridad indispensables para asociar a toda la comunidad en las exigencias y en los beneficios del progreso. Es lo que nosotros llamamos "crecimiento con equidad".

En el nuevo contexto económico internacional, la articulación con las principales corrientes económicas del mundo constituye un imperativo que ningún país puede enfrentar en forma individual. La integración es un requisito para nuestro propio desarrollo en plenitud.

Para llevar adelante este proceso no es suficiente la mera voluntad política; hay que llevar adelante políticas económicas compatibles, hay que tener disposición para someterse a mecanismos colectivos, para el diálogo y el entendimiento políticos. En ese sentido, vemos que en nuestra región se han producido cambios significativos en las estrategias de desarrollo y en los grados de apertura de nuestras economías. Por eso creemos que hoy existen en América Latina mejores condiciones que en el pasado para avanzar hacia una integración real, no retórica.

Sabemos que América Latina no constituye una unidad homogénea. Hay entre nosotros grandes diversidades culturales, políticas, económicas y raciales, pero ello es indicio también de una extraordinaria riqueza en esos mismos ámbitos. Más aún, las diferencias existentes arrancan de una base común, de una historia compartida que hoy asumimos plenamente y que queremos proyectar hacia el futuro.

Nuestra raíz común y los difíciles momentos por los que hemos atravesado la mayoría de las naciones iberoamericanas nos han hecho solidarios. Sabemos que la única posibilidad de proteger nuestros valores, nuestra forma de vida y nuestros intereses es que la solidaridad dé forma a nuestro futuro.

Los pueblos de América Latina queremos seguridad y paz en la región y en el mundo entero. Queremos la democracia y su consolidación en nuestro continente como el sistema que mejor garantiza la libertad, la justicia y el respeto a los derechos humanos. Queremos, asimismo, el crecimiento económico y el progreso social; hoy sabemos bien que el camino para lograrlo es la libre iniciativa de las personas, ejerciendo su creatividad en un mercado libre a la competencia de productos, de servicios y, por sobre todo, de ideas.

Los latinoamericanos conocemos bien el significado de esos conceptos, incorporados desde hace mucho a los programas políticos en pugna en nuestro continente. Sin embargo, muchas veces han sido oscurecidos por las ambigüedades, los abusos semánticos y la utilización de ellos como consignas sin contenido real. Creemos que hemos superado esa etapa. Hoy, democracia, seguridad, progreso y libertad económica y social se perciben como conceptos claros, distintos y, a la vez, inseparables para sustentar la paz y el progreso que queremos alcanzar.

Paz y progreso que implican, necesariamente, derrotar a la violencia y el terrorismo que ensombrecen y perturban la convivencia nacional e internacional. Al referirnos a la violencia, hablamos, en términos generales, de la miseria, el sectarismo, los excesos ideológicos y, desde luego, el narcotráfico, lacra que azota a nuestros países con una carga de violencia explícita, corrupción y daños físicos y morales de impredecibles consecuencias.

En estos grandes objetivos, coincidimos, sin duda, con los que se ha propuesto la política exterior de Estados Unidos: la democracia, el respeto a los derechos humanos, el libre mercado y la paz hemisférica son también metas importantísimas de la política internacional norteamericana. La ligazón no es casual: habla, claramente, de una convergencia hemisférica a nivel de intereses y de principios que es clave para definir claramente el tipo de relación que marcará el futuro.

Por otra parte, ya desaparecido o por lo menos minimizado el enemigo ideológico, se abren frentes de competencia, en el plano económico, entre tres grandes actores: la Comunidad Europea, Japón y Estados Unidos. Una razón más para establecer normas de cooperación hemisférica acordes con las nuevas realidades que hemos ido esbozando.

Durante mucho tiempo, la relación entre Estados Unidos y los países latinoamericanos tuvo una carga fuertemente paternalista, oscurecida además por episodios de desembozada intervención sujetos por lo menos a una áspera controversia. Hoy ha desaparecido en buena medida esa connotación negativa, para dar paso a una relación madura y respetuosa, basada en intereses y objetivos comunes.

Tampoco es posible pensar hoy, como en el pasado, que, en el marco de esa relación, Estados Unidos tenía responsabilidades, pero no intereses. Es una concepción claramente estéril e inadecuada para los tiempos que corren, que olvida, además, el supuesto básico de las que relaciones internacionales deben basarse en las posibilidades reales y no meramente en los deseos de una o de ambas partes.

Todo ello nos lleva a proponer cinco características de una relación realista entre Estados Unidos y los países latinoamericanos.

Auténtica, porque hoy día esa relación puede estar basada en valores e intereses comunes. El más importante de ellos es la democracia y su resultante natural, la protección y defensa de los derechos humanos, pero hay otros también importantes como el respeto a las normas de derecho internacional, la renuncia al uso de la fuerza, la eliminación del armamentismo.

Luchas de muchos años y triunfos recientes han demostrado que defender y consolidar las democracias une y mueve a la acción a la inmensa mayoría de nuestros países. Tradicionalmente, amplios sectores de la opinión pública norteamericana han sostenido que promover la democracia en el mundo coopera a la seguridad de Estados Unidos y ayuda a promover sus intereses económicos. Hoy día esta idea es patrimonio común tanto de los sectores liberales como de los sectores conservadores en esa nación.

En nuestro continente, por desgracia, la democracia no está asegurada. Tiene enemigos y existen circunstancias desfavorables que la ponen en peligro. El flagelo de la extrema pobreza, el terrorismo sectario y la violencia ideológica, el narcotráfico, los desequilibrios macroeconómicos y la debilidad de ciertas instituciones son factores que afectan la estabilidad y dificultan la consolidación de la democracia.

De ahí que la democracia debe seguir siendo sostenida y promovida conjunta y permanentemente por todos los países del hemisferio, mediante una transparente acción multilateral que evite cualquier sospecha de indebida intromisión en asuntos internos de cada nación y que esté basada en una cabal comprensión de la realidad de cada país.

Esa cabal comprensión es el segundo elemento clave para un marco de relaciones nuevo. Se trata de la necesidad de respetar la solidaridad, la unidad y, al mismo tiempo, la profunda diversidad de los países de América Latina. Una relación hemisférica constructiva sólo puede darse a partir del esfuerzo y de la individualidad de cada una de nuestras naciones.

La síntesis entre mercado y democracia se dará con muchas variantes en nuestro continente. En cada país, la economía de mercado se aplicará en formas y grados diferentes a problemas tan concretos y tan cruciales como los sistemas educacionales, de salud, de vivienda y de medio ambiente. No puede esperarse que todos los gobiernos apliquen los mismos medios y den igual prioridad a diferentes objetivos, ni puede esperarse que todos proyecten el mismo futuro.

Una relación nueva, creativa y dinámica debe basarse en el respeto a la diversidad, superando tanto los prejuicios como las actitudes hostiles causadas por algún ingrato episodio del pasado.

En tercer lugar, la nueva relación entre Estados Unidos y los países latinoamericanos debe estar marcada por la cooperación. Cooperar significa compartir, pero no es sinónimo de programas de ayuda paternalista desde los más ricos hacia los más pobres. Compartir es que los gobernantes, los líderes, tengan la capacidad de sentirse afectados por la suerte de otras naciones, identificados con los problemas de otros países, de tal forma que se tenga conciencia clara de un destino común.

Hoy eso es posible y necesario. Políticos, intelectuales, empresarios, hombres de negocios, saben perfectamente que los límites del Estado-nación son estrechos para contener las ideas, la creación artística y científica, los negocios, la actividad productiva, en fin, todos los aspectos relacionados con la búsqueda del progreso y de la felicidad del hombre.

Decíamos que América Latina es un conjunto heterogéneo, pero también es cierto que hay problemas comunes que necesariamente requieren de acciones multilaterales en el sentido de la cooperación. Entre ellos, los movimientos migratorios, el narcotráfico, la contaminación ambiental y la depredación del medio ambiente, el terrorismo, el consumo y la producción de drogas.

En el ámbito económico, la liberalización del comercio y el acceso a todos los mercados internacionales, las fuentes y necesidades de materias primas, las condiciones de explotación de los océanos y las formas de proteger el medio ambiente son temas de cooperación y preocupación común.

La riqueza y el progreso de las naciones dependen crecientemente de su capacidad de comerciar sin restricciones externas. De ahí la necesidad de emprender acciones conjuntas para abrir mercados, para asegurarnos contra el proteccionismo, para impedir que los bloques económicos se cierren a la competencia mundial y para destruir las barreras no arancelarias, que han crecido durante los últimos diez años en la mayoría de los países de la OCDE.

Es un hecho notable que en los últimos años del siglo que termina exista consenso en que el hemisferio debe unirse en una zona de libre comercio desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

Y no puede ser de otra manera, dada la interdependencia establecida hoy a nivel continental y planetario. La construcción de una nueva fábrica en Estados Unidos se da ya en relación de dependencia con el mercado sudamericano, donde se encuentra uno de los más dinámicos y potencialmente mayores poderes compradores del mundo. Y viceversa, cada avance en el proceso de satisfacer las aspiraciones de los latinoamericanos nos lleva a mirar hacia el Norte, buscando demanda para nuestros productos, proveedores de tecnología y fuentes de capital.

Esta interdependencia nos conduce al cuarto aspecto que deseamos plantear, el de la necesaria acción común y conjunta de Estados Unidos y América Latina en el plano internacional para cooperar al progreso y la paz mundial.

Todos los temas que hemos planteado hasta aquí son universales. Es comprensible e incluso deseable que existan otros puntos de vista, en nuestro continente o en otras latitudes, emanados de diferencias históricas, políticas o culturales. Pero sabemos que todos seremos beneficiados si en conjunto buscamos soluciones y las ponemos en práctica.

Este hemisferio tiene una tradición de activa participación en la escena mundial. No ha sido siempre unívoca; las ideologías y la guerra fría nos pusieron en más de una ocasión en campos separados. Algunos de nuestros países fueron percibidos como una amenaza para la seguridad de Estados Unidos más que como un campo fértil para la colaboración mutua. La lucha contra el comunismo distorsionó los verdaderos objetivos de largo plazo. Los foros interamericanos y mundiales se transformaron en más de una ocasión en escenario de recriminación y enfrentamiento entre nuestros países en lugar de ser instancias de diálogo y cooperación.

La nueva situación de América Latina, más su riqueza de recursos humanos y naturales y su potencial económico hacen que el continente esté llamado a desempeñar un papel cada vez más importante, activo y creativo en el ámbito mundial. La imprescindible independencia con que debe actuar nuestra región es a la vez la garantía y la más sólida base para la cooperación con Estados Unidos.

Finalmente, el nuevo esquema de relación debe proyectarse sobre políticas permanentes. Si ellas se basan en los intereses y principios comunes que hemos señalado, prevalecerán en el tiempo. A la vez, deben contar con el apoyo mayoritario de las respectivas naciones que se comprometen con ellas, lo que se logrará con mayor rapidez si se dirigen realmente a solucionar los problemas de fondo que afectan a la región.

La Iniciativa para las Américas del Presidente Bush reúne las condiciones que permiten reconocerla como un elemento substancial en el nuevo marco de relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Los cuatro aspectos de mayor importancia que abarca —deuda, inversiones, medio ambiente y comercio— son de la mayor relevancia para América Latina.

Por ello, fue recibida en nuestro país y en la mayoría de las naciones latinoamericanas como una señal positiva de renovación y como un esfuerzo significativo por cooperar a la solución de los problemas que nos afectan.

Pero, más importante aún, la Iniciativa expresa una visión del futuro de América y otorga un carácter singular a las relaciones hemisféricas. Unos podrán decir que generó en América Latina un movimiento hacia políticas económicas más realistas, hacia la apertura e integración de los mercados; otros dirán que sólo lo interpretó y aceleró oportunamente. En todo caso, significó una motivación y una renovación.

Un claro ejemplo de demostración es el nuevo impulso que han adquirido los movimientos de integración en el continente, motivados no sólo por razones económicas, sino también por el esfuerzo de reflexión en torno a la propia identidad y a la historia común que ha despertado la proximidad del Quinto Centenario.

El MERCOSUR es un intento de grandes dimensiones que miramos con gran interés. El Acuerdo de Libre Comercio entre Colombia y Venezuela, al que pronto se incorporarían Bolivia, Ecuador y Perú para estructurar un nuevo Pacto Andino, es otra iniciativa sumamente auspiciosa. Centro América, por su parte, está haciendo serios esfuerzos por centralizar su mercado común. La consolidación de la paz y la democracia en la zona harán posible el éxito de esta empresa.

Chile, por su parte, ha suscrito con México un Acuerdo de Libre Comercio que asegura la apertura de la casi totalidad del comercio bilateral a más tardar el primero de enero de 1998, y ha firmado diversos convenios de cooperación e intercambio con la vecina República Argentina.

Aspiramos a formalizar también con Estados Unidos un Acuerdo de Libre Comercio. Creemos que están dadas las condiciones en nuestro país: bajos aranceles, una sólida estructura del Estado, equilibrios macroeconómicos, un sistema político equilibrado que se articula sobre los grandes consensos, respeto a la legislación laboral.

El respeto mostrado por la Iniciativa para las Américas por la diversidad en el continente y, por lo tanto, por las especiales características de nuestro país, hace posible avanzar rápidamente en el proceso de negociación con Estados Unidos para formar un área de libre comercio.

Para Chile, el tema crucial, en el marco de la Iniciativa, es el del comercio. Para otras naciones podrá ser el de la deuda o el de la inversión. Lo realmente importante es reconocer que existe la posibilidad de avanzar, con el trabajo y la cooperación de todos, en el encuentro de las soluciones que demandan las nuevas condiciones de la política mundial y de la situación particular de los países de América Latina.

Creemos que el balance que podemos hacer es satisfactorio. Aún tenemos mucho camino por recorrer. Para Chile, la existencia de millones de pobres es un desafío inmenso que demandará mucho tiempo y nuestros mayores esfuerzos. Sin embargo, apoyados en nuestra recuperada democracia y en la solidez de nuestra economía, podemos trabajar con confianza por un futuro mejor para nuestra patria, para la región y para la paz y el progreso de la humanidad.